

no salía del salón sinó mal de su grado, espantada al ver hasta qué punto había crecido en pocos días el amor de Berta á Michel: las palabras de su hermana la herían el alma, y segura de que el barón la amaba á ella sola, pensaba con terror en la aflicción de Berta á la hora de su desengaño; además, como á pesar del gran cariño de Mary por su hermana, el amor la había infundido un tanto del egoísmo inherente á este sentimiento, alegrábase aquélla de lo que oía, reservándose el papel que para la amada de Michel trazaba Berta. Así es que esta hubo de decirla por segunda vez que fuese á ver lo que Rosina quería.

—Vé, querida, y prepara el aposento del señor Lorient, pues no extrañaría que con esta confusión nadie hubiese pensado en ello.

Acostumbrada como estaba Mary á obedecer á su hermana, salió sin replicar, y encontrando á Rosina junto á la puerta, la preguntó:

—¿Qué ocurre?

Rosina no contestó, y cual si temiera ser oída desde el comedor, donde el marqués estaba relatando la última jornada de Charrette, asió á Mary del brazo, y llevándola á la otra parte del vestíbulo, la dijo debajo de la escalera:

—Tiene hambre, señorita.—¿Hambre?—Sí; acaba de decirme.—¿De quién hablas? ¿quién tiene hambre?—El pobre mozo.—Pero ¿qué mozo?—El Sr. Michel.—¿El Sr. Michel está aquí?—¿No lo sabíais?—Nó.—Hace dos horas que entró en la cocina, antes de llegar los soldados.—¿No se fué con Petit-Pierre?—Nó.—Y ¿dices que entró en la cocina?—Sí; estaba tan rendido que daba lástima. Sr. Michel, le dije, ¿por qué no vais al salón?—Porque no me han convidado. Y quería marcharse á Machecul, decidido á no volver á la Logerie, pues parece que su madre intenta llevarle á París; yo no le he dejado salir.—Bien hecho, Rosina. Y ¿dónde está?—En el cuarto de la torrecilla; como los soldados ocupan los bajos de ella y ahora sólo se puede entrar por el corredor que hay al extremo del granero, vengo á pedirlos la llave.

El primer impulso de Mary fué avisar á su hermana; mas luego cedió al menos generoso de ver á Michel antes que ella, mayormente cuando después de entregar la llave á Rosina la contestó ésta:

—Os suplico que me acompañéis, señorita; hay tantos hombres en el castillo que no me atrevo á subir sola; á vos

todos os respetarán.—¿Y las provisiones?—En este cesto.—Pues adelante.

Y así diciendo subió Mary la escalera con la ligereza de los corzos que perseguía en la selva.

XXXII

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Al llegar al segundo piso detúvose Mary ante el aposento de Juan Oullier, tomó una llave, abrió una puerta que comunicaba con una escalera de caracol, por la cual se subía á lo alto de la torrecilla, y adelantándose á Rosina que andaba con trabajo á causa del cesto que llevaba, empezó una rápida y peligrosa ascensión por los vetustos y carcomidos escalones. Rosina y la cocinera habían acordado colocar á Michel en el cuarto superior de la torrecilla.

A pesar de la buena voluntad de las dos mozas, era imposible imaginar un albergue más mezquino ni menos idóneo para descansar, pues era una reducidísima pieza donde guardaba Juan Oullier las semillas del jardín y los diversos aperos que le servían para desempeñar sus multiplicadas funciones de factotum. Las paredes estaban literalmente atestadas de habichuelas, berzas, lechugas y cebollas de varias clases, todo puesto á secar con el objeto de que sazonasen las semillas; por desgracia, aquellas legumbres y berzas estaban cubiertas de una capa tan densa de polvo, que bastaba el menor movimiento en el cuarto para llenarse de él. No había otro mueble en el aposento que un banco de carpintero, asiento no muy cómodo, por lo cual el baroncillo no tardó en abandonarlo yendo á descansar en un montón de avena, que por lo raro de su especie había merecido el honor de ser colocada en el granero de las plantas preciosas; y allí, prescindiendo de algunos inconvenientes (cosa inevitable en toda clase de asientos) encontró suficiente elasticidad para dar un momento de reposo á sus entorpecidos miem-

bros. Pronto se cansó sin embargo de estar tendido en aquel móvil sofá, pues el agua y el lodo de que se cubrió cuando Guerin le derribó junto al río y que sólo á medias había podido secar en la cocina, volvían á humedecerle las carnes y á darle malísimo rato. No tuvo otro remedio que ponerse á pasear de arriba abajo, maldiciendo su necia pusilanimidad que tanto frío y fatiga le costaba, amén del hambre que le atormentaba y de la privación de ver á Mary que era lo que más le afligía. Reprendíase por no haber sabido aprovechar lo que con tanto valor había emprendido y por faltarle ánimo en el momento de llevar á cabo lo que tan bien había comenzado. Apresurémonos á decir para justificar el carácter que á nuestro héroe hemos dado, que la conciencia de su falta no le infundía más valor, y que no se le ocurrió la idea de bajar y pedir francamente hospitalidad al marqués, hospitalidad en que confió al resolver su fuga. Entretanto habían llegado los soldados, y atraído Michel por el ruido que al entrar movieron, corrió á una ventanilla que daba á la parte trasera del castillo, y vió pasar por los salones principales á las señoritas de Souday, al general, á los oficiales y al marqués.

Viendo entonces á Rosina al pié de la torre, creyó oportuno atraerse la atención puesta en los nuevos huéspedes, y con toda la modestia de su carácter, la pidió una rebanadita de pan, demanda bien moderada, atendida el hambre que le devoraba y que ya era canina por haberla aguzado las contrariedades así físicas como morales que experimentaba. Al oír las ligeras pisadas que iban acercándose, dilatósele el corazón á impulsos del gozo y de la gratitud, pues aquel rumor le anunciaba una cosa segura y otra probable: la primera, que iba á satisfacer su apetito; y la segunda que oiría hablar de Mary.

—¿Eres tú, Rosina? preguntó con anheloso acento cuando oyó que trataban de abrir la puerta.—No, sinó yo, señor Michel. Conoció éste la voz de Mary, sin atreverse á dar crédito á sus sentidos. Soy yo, continuó la voz, yo que estoy muy enojada con vos.

Mal se avenía el tono con el sentido de esas palabras, y por lo tanto no descorazonaron á Michel.

—¡La señorita Mary! exclamó, ¡la señorita Mary! ¡Oh!...

Y apoyóse en la pared para no caerse, en tanto que Mary abría la puerta.

—¡Vos aquí! exclamó al verla el mancebo; ¡cuán dichoso soy, señorita!—No mucho.—¿Por qué?—Como á pesar de vuestra dicha confesáis que os estáis muriendo de hambre...—¿Quién os lo ha dicho, señorita? preguntó Michel encendido como una amapola.—Ea, acércate, Rosina, pon la linterna encima de ese banco y destapa el cesto; date prisa, ¡no ves que el señor barón se lo está comiendo con los ojos?

Al oír esas zumbonas palabras corrióse un tanto el mancebo de haber confesado tan francamente su apetito á su hermana de leche, y ocurriósele la idea de volver al cesto los manjares que esta había empezado á poner sobre la mesa, tirarlo por la ventana, aunque tuviese que aplastar á un soldado, y luego caer de hinojos ante la joven diciéndola con patético acento:—¿Cómo queréis que piense en mi estómago cuando mi corazón rebosa de felicidad? Parecíale que no podía darse más bella y tierna declaración; pero como no era capaz de lanzarse á ella, dejóse tratar por Mary como hermano de leche de Rosina, y volviendo á sentarse en el montón de avena, comió de muy buena gana las sabrosas tajadas que con su blanca mano le servía la joven.—¡Qué niño sois! le decía Mary; después de haber llevado á cabo tan noble y peligrosa hazaña, habéis hecho una tontería. ¿Qué os costaba exponer á mi padre vuestra situación y pedirle albergue por esta noche?—¡Libreme Dios! contestó el barón como asustado de lo que acababa de oír.—¿Por qué?—Porque vuestro padre me intimida sobremanera.—¡Si es el hombre mejor del mundo! Además, ¿no sois por ventura amigo nuestro?—¡Gracias, señorita! Sois muy buena en otorgarme ese título; y aventurándose luego á dar un paso adelante, preguntó: ¿Será cierto que ya lo haya merecido?

Sonrojóse Mary algún tanto. Algunos días antes habría contestado que rayaba tan alto esa amistad, que casi siempre pensaba en él, de día y hasta de noche; mas desde que había sentido en su corazón la revelación del amor, habíale dado este un pudor instintivo, que en su inocencia aun no había sospechado; á medida que iba trasformándose de niña en mujer, veía por las nuevas sensaciones que empezaba á experimentar cuán extrañas eran sus maneras y costumbres de hasta entonces, y conoció la necesidad de modificar su lenguaje adoptando en algunos casos la prudente reserva que jamás había tenido, merced á su ingenuo carácter. Comenzando pues á comprender que las doncellas deben saber

esquivar, si no mentir, contestóle con ánimo de decir una trivialidad:

—Paréceme que bastante habéis hecho para merecerlo. ¡Eal! ¿qué decíais poco há de vuestro apetito? ¡Si apenas probáis bocado!—Señorita, contestó el mancebo: no puedo más.—¡Vaya! Ya veo que no servís para hacer los honores de una mesa. Acabemos, me obedecéis ó me marchó.—¡Señorita! exclamó el pobre barón alzando las manos armadas de un tenedor la una y de un pedazo de pan la otra; es imposible que tengáis tan mal corazón. ¡No sabéis cuánto he sufrido las dos horas que he pasado en esta soledad!—Lo comprendo muy bien, dijo riendo Mary; como que teníais un apetito voraz.....—No sólo eso, señorita, sinó que desde aquí os veía pasar con todos esos oficiales.....—Vos tenéis la culpa. En lugar de venir á situaros en esta torre solitaria como un buho, podíais haberos quedado en el salón, y cenar en compañía de mi padre y del general Dermoncourt, cuyos belicosos relatos os habrían hecho erizar los cabellos, y hubierais visto comer al notario Lorient, lo cual es un espectáculo no menos horripilante.—¡Dios mío! exclamó el barón.—¿Qué tenéis? preguntó asustada Mary.—¡El notario Lorient de Machecul?—Sí.—¡El notario de mi madre!—¡Toma! es verdad.—¿Está aquí?—Sí por cierto, repuso Mary; y ahora que recuerdo, añadió luego riendo, ¿sabéis á qué ha venido?—Nó.—A buscaros.—¿A buscarme?—Sí, de parte de la baronesa.—Es que yo no quiero volver á la Logerie.—¿Por qué?—Porque allí me esclavizan, me encarcelan, me alejan de.... de mis amigos.—La Logerie no está muy lejos de Souday.—Pero París sí que lo está, y allí es á donde me quieren llevar. ¿Acaso le habéis dicho al notario que estoy aquí?—Ni por pienso.—¡Oh! ¡gracias, mil gracias, señorita!—No tenéis que agradecerme, pues ignoraba.....—Y ahora que lo sabéis... balbució tímidamente Michel.—¿Qué?—Es preciso ocultárselo también, añadió el barón avergonzado de su cortedad.—¿Queréis que os hable con franqueza?—Decid, decid.—Pues os diré con la mayor lisura que si yo fuese hombre, el tal Lorient me daría muy poco cuidado.

Hizo el barón un visible esfuerzo para contestar con resolución:

—Sí, tenéis razón; voy á manifestarle terminantemente que no volveré á poner los piés en la Logerie.

En esto se estremecieron los dos jóvenes: la cocinera llamaba á Rosina á grandes voces.

—¡Dios mío! ¿Qué habrá? exclamaron ambos á un mismo tiempo.—¿Oís, señorita? dijo Rosina.—Sí.—Me llaman.—¡Cielos! exclamó Mary haciendo ademán de huir. ¿Si sospecharán que estamos aquí?—Y aunque así fuese, no veo ningún mal en ello, replicó Rosina.—Cierto, pero...—¡Silencio! Oíd.

Todos callaron y la voz de la cocinera fué alejándose.

—¿Oís? prosiguió Rosina; está llamándome en el jardín. Así diciendo, fuése á tomar la puerta, cuando Mary exclamó:

—¡Cómo! ¿vas á dejarme sola?—No tal, contestó candorosamente Rosina, os dejo con el señor barón.—¿Y para volver á casa? balbució Mary.—En verdad que no os comprendo, señorita, dijo Rosina admirada. ¿Os habéis vuelto cobarde, vos que tan valerosamente cruzáis los bosques en la noche más oscura, como en medio del día?—No importa, quédate.—Para hacer lo que hasta aquí, bien puedo marcharme.—No lo digo por eso.—¿Pues por qué?—Ese pobre muchacho no puede pasar aquí toda la noche.—Entonces, ¿en dónde le pondremos?—No lo sé, pero es preciso encontrar un aposento.—¿Sin decirselo al señor marqués?—¡Es verdad! ya no me acordaba de que mi padre ignora que esté en el castillo.—¿Qué hacer? ¡Pronto! ¡Ah! señor Michel, vos tenéis la culpa de todo.—Señorita, contestó el barón, si lo exigís, estoy pronto á partir.—¿Quién os dice tal cosa? exclamó vivamente Mary; nó, quedáos.—Se me ocurre una idea, señorita, dijo en esto Rosina.—¿Cuál?—Si consultásemos á la señorita Berta...—Nó, nó, contestó Mary con una vivacidad que á ella misma la admiró; ya se lo diré cuando bajemos después que el señor Michel haya acabado de cenar.—Pues me voy, dijo Rosina.

Mary no se atrevió á detenerla por más tiempo, y Rosina salió dejándolos solos.

XXXIII

EL CUAL NO ACABA COMO SE PRESUMÍA MARY

Iluminaba tan sólo el aposento el tenue resplandor de la linterna, cuya escasa luz daba toda en la puerta, dejando casi á oscuras el resto del cuarto, si tal puede llamarse la especie de palomar donde á la sazón se encontraban los dos jóvenes.

Continuaba sentado el barón en el montón de avena que ya poco antes le sirvió de sofá, y Mary arrodillada delante de él registraba todos los rincones del cesto, con más turbación que amor al prójimo, para ver si podría encontrar alguna golosina con que dar fin y sabroso remate á la cena que Rosina había improvisado para el pobre prisionero. Habían pasado tantas cosas, que Michel había perdido ya el apetito, y con el codo apoyado en la rodilla y el rostro en la palma de la mano, contemplaba extasiado el tierno y apacible semblante de la joven, que de escorzo se presentaba á sus ojos, y aspiraba con embriaguez las perfumadas emanaciones que la brisa le llevaba, después de jugar con los dorados rizos de su cabellera; y aquel íntimo contacto, aquel perfume, aquella vista, hacían circular rápidamente su sangre, sentíala latir con violencia en las sienes, y un prolongado estremecimiento agitaba todo su cuerpo. Al experimentar aquellas sensaciones tan nuevas para él, sintió el mancebo que surgían en su corazón extrañas y desconocidas aspiraciones; empezaba á querer, y lo que quería era expresar de un modo ú otro á Mary el amor que de su pecho rebosaba. Estuvo un rato pensando cómo debía ingeniarse para ello, y al cabo se le ocurrió que lo más sencillo era cogerle la mano y llevársela á los labios, como así lo hizo casi sin darse cuenta de ello.

—¿Qué hacéis, señor Michel? dijo la joven levantándose vivamente, más admirada que colérica.

Comprendió el barón que se había propasado y tenía que

dar una explicación; cayendo pues de rodillas y volviendo á coger la mano que acababa de escapársele, y que entonces ya no trató de repetirlo, exclamó:

—¡Ah! ¿os he ofendido? creed que lo siento en el alma. —¡Señor Michel! contestó turbada la joven.

Temeroso el barón de que aquella linda manecita le escapase otra vez, la estrechaba fuertemente entre las suyas, diciendo:

—Si he abusado de vuestra condescendencia, decídmelo, señorita, mas no me guardéis rencor.—Os lo diré cuando os hayáis levantado, respondió Mary haciendo un débil esfuerzo para retirar la mano.

Y tan débil fué en efecto, que Michel comprendió que no la tenía asida contra la voluntad de su dueña, y animado por la exaltación que le daba la esperanza próxima á convertirse en certeza, replicó:

—No, dejad que permanezca de rodillas á vuestros piés. ¡Ah! ¡si supieseis cuántas veces desde que os conozco he soñado que me encontraba en esta postura! ¡si supieseis cuán grátas sensaciones, cuán deleitosas angustias producía en mí este sueño, no tendríais á buen seguro la crueldad de privarme de esta dicha, cuando se ha convertido en realidad! —Señor Michel, contestó Mary con acento conmovido, presintiendo que al poco rato ya no la quedaría ninguna duda del amor del mancebo; señor Michel, sólo se dobla la rodilla ante Dios y los ángeles.—No sé por quién se dobla ni por qué lo he hecho ante vos; lo que siento en este instante es tan distinto de lo que he sentido hasta ahora, incluso el cariño que á mi madre profeso, que no sé cómo calificar el afecto que me obliga á adoraros; pero se asemeja mucho á la veneración que nos hace prosternar ante Dios y sus ángeles. Vos sois para mí la creación entera: adorando en vos, en ella adoro.—¡Por favor, señor Michel, no me habléis de ese modo!—¡Oh! nó, dejad que permanezca en esta postura; dejad que os ofrezca mi vida y mi corazón. ¡Dios mío! Desde que empiezo á conocer á los hombres voy convenciéndome cada vez más de lo poco que valen; sin embargo, aunque soy muy mozo y muy débil, á pesar de que conozco mi carácter tímido é irresoluto, comprendo que ha de haber una fruición inefable en sufrir, en derramar la sangre toda, en dar la vida, si es preciso, por una mujer como vos, y para conseguir tamaña felicidad, estoy seguro de que encontra-

ría en mi corazón un arroyo y una fuerza de voluntad que jamás he tenido.—¿A qué hablar de sufrimientos y de muerte? preguntó Mary con suave acento; ¿creéis acaso que sin ellos no puede probarse la sinceridad de un afecto?—¡Ah! ¿sabéis por qué, Mary? Porque me parece que vivir tranquilo y dichoso á vuestro lado, gozar de vuestro amor sin contratiempo alguno y poderos dar el tierno nombre de esposa, es una ilusión harto atrevida, muy superior á las humanas esperanzas, y no me es lícito concebir ni aun en sueños tan inmensa felicidad.—¡Pobre mozo! dijo Mary con un acento impregnado de ternura y compasión, ¿me amáis mucho pues?—¡Ah señorita! ¿qué necesidad tengo de deciroslo? ¿Acaso no lo veis con vuestros propios ojos? ¿No os lo dice por ventura el corazón? Pasad la mano por mi frente inundada en sudor, ponedla sobre mi corazón, y atrevéos aún á preguntarme si os amo.

La exaltación febril que tan súbitamente había transformado al mancebo, no tardó en comunicarse á Mary, quien, poseída de extraña turbación y olvidando no solo el odio de su padre á la familia de Michel, sinó también la repugnancia que la señora de la Logerie sentía por la suya y las ilusiones que Berta había concebido y que ella se proponía no destruir, se dejó dominar por el ardoroso trasporte de su naturaleza virgen y apasionada, y abandonó la prudente reserva en que había resuelto encerrarse. A tal punto habían llegado las cosas, que iba de seguro á contestar á aquella ardiente declaración con frases más tiernas todavía, cuando sonó de repente hacia la puerta un leve ruido que le hizo volver la cabeza. Al hacer este movimiento quedó petrificada de asombro al ver en el dintel á Berta inmóvil como una estatua, y en la palidez de su rostro iluminado de lleno por la luz de la linterna, en sus cejas fruncidas y en sus labios contraídos, comprendió cuánto dolor y enojo encubría aquella postura. Aterróse de tal manera al ver esta inesperada aparición, que rechazando al mancebo que aun le tenía cogida la mano, se adelantó hacia su hermana; mas ésta penetró en la estancia sin detenerse, y apartándola con la mano como lo hubiera hecho con un obstáculo inerte, fuese en derecha al barón diciéndole con voz vibrante:

—Caballero, ¿no os ha dicho mi hermana que el señor Lorient notario de la señora baronesa viene á buscaros de parte suya, y desea hablaros en particular?

El barón contestó balbuciendo algunas palabras ininteligibles, y Berta añadió con acento imperioso:

—En el salón le encontraréis.

Volvió Michel á su primitiva timidez, levantóse vacilante y confuso sin responder palabra, tomó la puerta como un niño á quien se acaba de regañar, y salió en tanto que al tomar Mary la luz para alumbrarle, Berta se la arrancó de las manos y entrególa al mancebo indicándole con un gesto que saliese.

—¿Y vos, señorita? preguntó éste cortado.—Ya conocemos la casa, contestó Berta, y viendo luego que Michel estaba parado contemplando á Mary, díjole con aspereza: ¡Pronto!

Desapareció el mancebo, y quedaron solas en la torre las dos hermanas alumbradas únicamente por el ténue fulgor de la luna velada á cada momento por las nubes.

Al verse sola con su hermana esperaba Mary una severa reprensión por el censurable coloquio en que la acababa de sorprender; pero Mary se equivocó, pues en cuanto estuvo el mancebo algo lejos del aposento, Berta le tomó la mano con una energía que demostraba bien á las claras la violenta agitación de su ánimo, y preguntóla con acento conmovido:

—¿Qué os estaba diciendo cuando le he encontrado de rodillas á vuestros piés?

Callóse Mary, y arrojándose á los brazos de su hermana á pesar de los esfuerzos que ésta hacía para desviarla, y bañándole el rostro con las lágrimas que brotaban á raudales de sus ojos, la preguntó:

—¿Por qué te has enfadado conmigo?—No estoy enfadada con vos, Mary; sólo os pregunto qué os decía ese hombre que os hablaba de rodillas.—No es así como sueles hablarme, querida hermana.—No se trata ahora de eso, lo que quiero y exijo es que me contestes.—¡Berta! ¡Berta!—Vamos, habla, ¿qué te decía? ¿oyes? Te pregunto qué te decía, exclamó apretando con tanta fuerza la muñeca de Mary, que la pobre niña exhaló un grito y pareció próxima á desmayarse.

Este grito volvió á Berta toda su serenidad. A pesar de la violencia de su carácter, tenía muy buen corazón y conmovióse en el alma al oír un gemido de su hermana; tomóla en brazos, levantóla como si fuera una niña, la acostó en el banco abrazándola estrechamente, saltaron de sus ojos algunas lágrimas como saltan las chispas del hogar, porque Berta lloraba como Maria Teresa, sus ojos no manaban lá-

grimas, sinó que despedían el llanto como un relámpago.

—¡Pobre Mary! ¡Pobre hermana mía! exclamaba Berta hablándola como á un niño á quien se ha lastimado inadvertidamente; perdona el mal que te he hecho.

Y como reponiéndose, añadió:

—Perdona, mía es la culpa; yo debiera haberte confesado el extraño amor que siento por ese hombre, por ese niño, añadió con cierto aire desdenoso, que me ha dominado hasta el punto de hacerme tener celos de la persona á quien más amo en el mundo, más que á mi vida, más que á él. ¡Ah! Mary! ¡si supieses cuánto me ha hecho sufrir este amor insensato, si supieses cuántas luchas he tenido que sostener antes de experimentarlo, y cuán amargamente he llorado mi debilidad! Nada tiene de lo que yo más amo y estimo, ni ilustre prosapia, ni fe, ni entusiasmo, ni fuerza ni osadía; y á pesar de todo le amo; ¡oh, sí! le amo desde que le ví. Le amo tanto que algunas veces angustiada, jadeante y fuera de mí he exclamado: ¡Dios mío, mátame antes que arrancarme su amor! Desde que lo encontramos por desgracia mía, siempre he tenido su imagen grabada en mi alma: siento por él un extraño afecto que seguramente es el que experimenta una mujer por su amante, pero que se asemeja más aun al que una madre siente por su hijo; y esta pasión aumenta todos los días, y es el objeto de todos mis pensamientos, de todos mis sueños, de mis esperanzas todas. ¡Ah Mary, no ha mucho te pedía que me perdonases; mas ahora te pido que me compadezcas! ¡Hermana mía, ten piedad de mí!

Al terminar esas palabras Berta estrechaba á su hermana entre sus brazos, en tanto que la pobre Mary escuchaba amedrentada la expresión de aquel afecto impetuoso y salvaje, que sólo era capaz de sentir una mujer tan poderosamente organizada como Berta; cada grito, cada palabra, cada frase que exhalaba despedazaban las hermosas y rosadas nubes que por un momento había vislumbrado. El fogoso acento de su hermana las dispersaba como dispersa el huracán los vapores que flotan por el aire después de la tormenta. A cada una de sus palabras era su llanto más amargo y abundante; pero á cada una de ellas también sentía cuán imprescindible era el sacrificio que su amor á Berta le exigía, y que ya algunas veces había presentado con terror; sin embargo, eran tales su dolor y su extravío cuando empezó Berta á dirigirle la palabra, que sólo se atrevió á contestarla cuando cesó de hablar. En-

tonces hizo un esfuerzo para dominar su emoción y exclamó:

—¡Calla por Dios, hermana mía! tus palabras me lastiman tanto más, cuanto que yo también tengo alguna culpa de lo que acaba de suceder.—¡No! exclamó Berta impetuosamente; yo debería haber estado sobre aviso cuando salí de la capilla. En seguida, con aquella fijeza de ideas propia de las personas enamoradísimas, preguntó otra vez: ¿Qué te decía Michel?

Viendo Mary que Berta temblaba al pronunciar esas palabras, sintió una dolorosa congoja; y al pensar cómo contestaría á ellas comprendió que cada sílaba que saliese de su boca la abrasaría los labios, cuando Berta rompió en llanto, que conmovió más todavía á Mary que el enojo que antes le había manifestado diciéndola:

—Vamos, habla, ten piedad de mí; esta ansiedad es cien veces más cruel que el mismo dolor. Dime, ¿no te hablaba de amor?

Mary no sabía mentir, y contestó ingénuamente:

—Sí.—¡Dios mío! exclamó Berta desprendiéndose de los brazos de su hermana y apoyando la frente en la pared.

Fueron pronunciadas esas palabras con tan doloroso acento, que Mary quedó aterrada olvidando á Michel y su amor para pensar sólo en su hermana, y con sublime abnegación, sonriendo con el corazón destrozado, exclamó:

—¡Tonta! déjame acabar; y al mismo tiempo abrazábala fuertemente.—¿No dijiste que te hablaba de amor?—Sí, más no te he dicho quién se lo inspiraba.—¡Ah, Mary! ¡Compadécete de mí! ¡No te burles de mi dolor!—¡Berta!—¿Te hablaba de mí?

Mary no tuvo fuerzas para contestar de viva voz, é hizo con la cabeza una seña afirmativa. Berta respiró con fuerza, y pasándose repetidas veces la mano por la frente, contestó:

—Mary, lo que acabas de decir me parece tan extraño, tan inverosímil, que necesito que me lo jures para creerlo.—Todo lo que quieras, hermana mía, respondió Mary deseosa de poner una valla insuperable entre su corazón y su amor.—Júrame que no amas á Michel, ni él á tí; júralo por el sepulcro de nuestra madre.—Por el sepulcro de nuestra madre te juro, dijo resuelta y solemnemente Mary, que jamás seré suya.

Y arrojóse á los brazos de su hermana buscando en sus caricias la recompensa de tan grande sacrificio, sacrificio cuya magnitud habría conocido Berta en las descompuestas

facciones de su hermana si la noche no hubiese envuelto á las dos en su oscuro velo.

Serenóse Berta al oír este juramento, y suspirando blandamente como si su corazón se libertara de un enorme peso, respondió:

—¡Gracias, mil gracias! bajemos.

Mary supo hallar un pretexto para ir á su aposento, y encerróse en él para orar y llorar á sus anchas.

Los moradores del castillo aun no se habían levantado de la mesa, y cuando Berta atravesó el vestibulo para pasar al salón, oyó su ruidosa conversación; no entró en el comedor, fuese en derechura al salón, y vió en él al notario hablando con el barón Michel, á quien trataba de persuadir de que volviese á la Logerie: mas tan elocuente era el silencio del mancebo, que el señor de Lorient habló en balde durante media hora, hasta agotar todos sus argumentos. De seguro no se encontraba en menor embarazo el joven Michel, pues recibió con tanto gozo á Berta, que se dirigió presuroso á ella, deseando saber en qué había parado la escena de Berta y su hermana; pero no quedó poco sorprendido cuando Berta le tendió la mano apretándole la suya con efusión. La joven había interpretado de distinto modo el movimiento del barón, y su buen humor se había trocado en regocijo. Se alegró Michel tanto de este cambio, que recobró la palabra y dijo por último al señor Lorient:

—Contestad á mi madre, caballero, que el hombre de corazón encuentra en sus opiniones políticas verdaderos é imprescindibles deberes, y que sabré morir si es preciso para cumplirlos.

¡Pobre mozo! ¡Confundía el deber con el amor!

XXXIV

LOS DUENDES DEL GENERAL

Las dos de la madrugada serían cuando el marqués de Souday invitó á sus huéspedes á pasar al salón, á lo cual accedieron con el buen humor y la afabilidad que producen

siempre una excelente comida, un amable anfitrión y un buen apetito satisfecho, mayormente habiendo animado los intervalos del banquete una alegre y animada conversación.

De seguro no tuvo el marqués otro intento al proponérsele que el de cambiar de atmósfera, pues al levantarse mandó á Rosina y á la cocinera que le siguiesen llevando algunas botellas de licores y los vasos necesarios, para acabar dignamente en el salón aquel improvisado festín. Salió pues del comedor talareando la canción de *Ricardo Corazón de León* y aparentando no oír al general que le contestaba con el estribillo de la *Marsellesa*, canto revolucionario que los nobles artesones del castillo de Souday oirían por vez primera; y después de llenar los vasos disponíase á empezar de nuevo una interesante discusión á propósito del tratado de Saunais, cuando el general le señaló el reloj, contestándole que sin duda quería adormecer á sus enemigos en las delicias de Cápua; mas tomando el marqués la chanza con exquisito tino y *domaire*, apresuróse á acceder á los deseos de sus huéspedes á quienes acompañó á sus respectivos aposentos retirándose después al suyo.

Animado y belicoso por demás estaba el buen marqués con la conversación que aquella noche había tenido, y su mente acalorada no soñó más que combates. Imaginóse que se encontraba en una descomunal batalla en cuya comparación eran las de Borfou, de Laval y Saumur juegos de chiquillos, y que en medio de una granizada de balas y metralla llevaba su división al asalto de un fortísimo reducto, cuando al clavar en él la bandera blanca con gran espanto y admiración de sus enemigos, de súbito le despertaron algunos golpes que con más fuerza que discreción daban en la puerta de su aposento. Tal era la embriaguez que le embargaba los sentidos, que aquel ruido le pareció al buen hidalgo el horrísono estampido del cañón; mas poco á poco fué disipándose la visión, abrió los ojos, y en lugar del campo de batalla lleno de destrozos y sembrado de cadáveres, encontróse acostado en su modesto lecho. En esto llamaron de nuevo á la puerta; frotóse los ojos, gritó «¡entrad,» y vió aparecer al general, á quien dijo con alegre acento:

—A buena hora llegáis; si hubieseis tardado dos minutos más, erais muerto.—¡Hombre!—Ni más ni menos: os hería de un mandoble.—¿Por supuesto que me quedaba el desquite? contestó el general tendiéndole la mano.—¡No fal-